

Mamá soy Lesbiana

Historias y confesiones sobre salir del clóset

ella

á
AGATA
LIBROS

MEMORIAS

Salir del clóset es un acto de valentía, libertad y resistencia. Estas historias, nacidas en el Club de Lectura de ELLA México, ponen en palabras el miedo, el amor y la fuerza que hay detrás de nombrarnos ante el mundo.

Una colección de voces para visibilizar nuestras historias, honrar el valor de quienes las cuentan y recordar que vivir nuestra verdad sigue siendo un privilegio que merece ser defendido.

ellamexico.com

ISBN: 979-8-19379-222-2



9 798193 792222

Mamá soy Lesbiana

Historias y confesiones sobre salir del clóset

Mamá soy lesbiana
Historias y confesiones sobre salir del clóset
Compilación de textos del Círculo de Lectura de ELLA México
Primera edición: 11 de octubre de 2026

© 2026, de los textos, sus autorxs.
© 2026, de la compilación y edición: Ágata Libros y Ella México

Coordinación editorial: Érika Rod
Diseño editorial: Ágata Libros
Asistente editorial: Ivi Hiller Vargas

DISPONIBLE PARA DESCARGA DIGITAL EN:
ellamexico.com | contamoshistorias.com

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, con fines comerciales, sin la autorización expresa de sus autorxs y de ELLA México.



Mamá
soy
Lesbiana

Historias y confesiones sobre salir del clóset

66% de las juventudes LGBTQ+ encuestadas en México
no se sintieron completamente aceptadas por sus familias
al compartir su identidad.

The Trevor Project

Encuesta 2024: Salud Mental de las Juventudes LGBTQ+ en México.

ÍNDICE

Presentación 11

Beth Cravioto

¿Eres de ambiente? 14

MarSabrina

Yo siempre he sabido que me gustan

las mujeres 20

Gaby Arriaga

El tatuaje feo 28

Nancy Aldana

Inconsistencia meteorológica emocional 34

Annick Roth

La vida que comenzó a brillar 42

BGA, Sirena del desierto

EyR 48

Érika Rod

Historia del salir del clóset 56

Mafer T.

It's never too late 62

Leti

La historia de cómo salí del clóset donde
no sabía que estaba metida 66

Gloria Lucia

Mi salida del clóset 72

Claudia Mera

Lesbiana Activa 80

MaryAchi

¿En serio no te gustan las mujeres? 88

Bea Wolf

Cuando me sacaron del clóset 94

Ivi Alejandra Hiller Vargas

Liminal 104

Verónica Aboytes Zavala

¿Y si soy un hombre trans? 110

Lucio Virgilio

Sofía 116

Sofi Ruiz

Surprise 126

Kali

Amor Eterno 132

Ximena Bustamante

¡Yo siempre voy a estar orgullosa de ti! 138

Coca

Presentación

Salir del clóset es un acto de libertad, pero también un privilegio que no todas las personas pueden ejercer sin miedo. Todas nuestras historias son distintas: hay quienes encuentran un abrazo, quienes enfrentan el rechazo y quienes necesitan tiempo para reconocer cómo nombrarse. Todas merecen respeto. Nadie debería tener que justificar quién es ni cuándo decide compartirlo con el mundo.

Desde ELLA México, celebramos la diversidad de nuestras historias y la valentía de quienes las cuentan. Esta publicación, creada en colaboración con Ágata Libros a partir de nuestro Club de Lectura, es una aportación a la visibilidad lésbica, un espacio para reconocernos, acompañarnos y recordar que nuestras voces importan.

En el marco del Día para Salir del Clóset, el 11 de octubre, y del Día de las Rebeldías Lésbicas, el 13 de octubre, compartimos estos relatos como un acto colectivo de memoria, amor y orgullo.

Que estas páginas nos recuerden que la libertad no consiste solo en salir del clóset, sino en poder vivir nuestra verdad, a nuestro tiempo y en nuestros propios términos.

Gracias a todas y todes por ser parte de esta rebeldía.

Beth Cravioto
Directora de ELLA México
@ellamexico

La verdadera libertad es no tener miedo

Nina Simone

Mamá, soy lesbiana



¿Eres de ambiente?

MarSabrina

Desde niña, mi mundo fue heterosexual.

No porque yo lo hubiera decidido, sino porque simplemente era lo único que conocía. En mi familia no había contacto cercano con personas homosexuales, ni siquiera palabras para explicar lo que eso significaba. Así que yo asumía que mi futuro sería como el de muchas mujeres que conocía: casarme, tener hijos y formar una familia.

La atracción por otra mujer ni siquiera estaba en mi mapa.

A los diecinueve años me independicé y empecé a salir de esa burbuja. Por primera vez me pregunté qué quería yo, qué me gustaba y hacia dónde quería llevar mi vida, ya sin que las ideas familiares marcaran el camino.

A los veintiuno entré a trabajar a un *call center*, y ahí descubrí que existía un mundo que para mí era prácticamente desconocido: el mundo gay.

Y como no sabía nada... investigué.

Empecé a entrar a chats de lesbianas. Quería saber qué pensaban, cómo eran, cómo actuaban. Básicamente, estaba haciendo mi propia investigación de campo.

Hasta que un día, una chica me preguntó:

—¿Y tú eres de ambiente?

Yo pensé: ¿Ambiente? Pues sí, soy divertida.

La verdad, no tenía idea de qué me estaba preguntando.

Después aclaré:

—Pero me gustan los hombres. Solamente estoy aquí porque quiero saber cómo piensan las lesbianas.

Entonces ella me dijo algo que nunca olvidé:

—Cuando beses a una mujer, vas a saber que ahí es y no vas a volver atrás.

Yo pensé que exageraba.

No exageraba.

Meses después había una chica que me gustaba. Yo pasaba por el mismo lugar solamente para verla de lejos, porque ella estaba en un bar gay.

Hasta que un día entré.

Cuando se acercó, temblé. Y fue curioso, porque sentí como si hubiera vuelto a tener doce años: las mariposas, los nervios, esa sensación de no saber qué hacer con las manos.

Regresé un mes después, esta vez más valiente.

Y la besé.

Y ahí supe.

No hubo una voz celestial, ni luces, ni música de película. Simplemente lo supe.

Ella tenía razón.

Después de ese beso entendí que quería seguir explorando eso, que ahí había algo mío que durante años ni siquiera supe que estaba buscando.

Pero descubrirlo yo, no hizo que fuera sencillo para mi familia. Mi mamá y mi familia no tenían referencias. No había nadie cercano que hubiera salido del clóset. Lo poco que sabíamos venía de la televisión

o de ideas que habíamos escuchado por ahí.

Yo ya era independiente, vivía sola y pagaba mis cosas, pero aun así me daba miedo decirlo.

Una tarde llegué a casa de mi mamá bastante ansiosa. Había salido de antro la noche anterior, había tomado muchísimo café y estaba en ese estado de: lo tengo que decir ya.

Entonces le pregunté:

—Mamá, ¿qué pasaría si soy lesbiana?

Ella me respondió:

—Te apoyaría. Eres mi hija y eso no cambia nada.
¿Por qué me lo preguntas?

Y entonces le dije:

—Pues porque lo soy.

Y ahí cambió todo.

Para ella no fue sencillo. Al principio pensó que era un capricho, que tenía que hablar con un doctor y comprobar que aquello realmente fuera... no sé, algún tipo de diagnóstico.

Hoy, con los años y con mucha más perspectiva, no la juzgo. Todos tenemos nuestros propios procesos y aprendemos conforme la vida nos va poniendo frente a cosas que antes no conocíamos.

Fueron años de subidas y bajadas, de tristeza y alegría, de dudas, conversaciones y terapias. Terapia mía, terapia de ellos... y, probablemente, terapia que todavía nos hubiera hecho falta a todos. Pero también fue un proceso de aprendizaje.

Hoy puedo decir que soy muy feliz porque tengo una familia que me apoya, que me entiende y que aprendió conmigo.

Ser lesbiana es una parte de lo que soy, pero no es todo lo que soy. No me define por completo.

Pero tampoco callo mi voz. Porque si contar mi historia puede hacer que otra persona que está pasando por algo parecido se sienta menos sola, entonces vale la pena contarla.

La parte más bonita de salir del clóset es que no solo descubres quién eres, sino que *aprendes a vivir siendo tú, sin tener que pedir permiso para existir.*

Mamá, soy lesbiana



Yo siempre he sabido que me gustan las mujeres

Gaby Arriaga

Tenía unos siete años cuando, en el transporte escolar, lograba sentarme junto a la niña que me gustaba. Era la niña bonita del colegio: ojos verdes y piel apiñonada. Yo sabía que me gustaba y no quería ser solamente su amiga. Ponía mi brazo detrás de ella y me imaginaba en mi convertible paseando con ella. Era demasiado bonita para fijarse en mí, pero yo había conseguido que estuviera conmigo.

Lo que aprendí después fue que aquello que para mí era natural, *debía esconderse*.

Unos años más tarde le escribí cartas a otra niña, con corazones y promesas de estar siempre juntas. Un día le enseñé una de esas cartas a mi mamá. Ella se

levantó, se inclinó frente a mí y me dijo que ese tipo de cartas no debía enviárselas a una amiga. Me sentí avergonzada y no entregué la carta por miedo a que mi amiga se alejara.

Tiempo después, hablando con una prima sobre artistas y televisión, le pregunté si le gustaba Verónica Castro. Me respondió:

—Claro que no. Ni que fuera lesbiana.

Recuerdo haber odiado esa palabra.

A los catorce años, entré a una escuela nueva y empecé a preocuparme por verme más femenina de lo que realmente me hubiera gustado. Sentía que era la única persona gay de todos los salones, casi del universo. Una vez, un chico muy rebelde me dejó afuera del salón por ser lesbiana. Todos los demás se rieron desde dentro. Escuchar esa palabra dirigida a mí fue todavía peor. Sentí muchísimo coraje. Pero, sobre todo, sentía que aquella humillación me hacía menos valiosa que las demás. Ya habían visto quién era y ahora podían rechazarme.

No pateé la puerta ni reclamé. Cuando la abrieron, entré conteniendo el llanto, sin mirar a nadie, y me senté como si nada hubiera pasado.

Aprendí muy pronto a fingir que no me dolía. Y también pensé que quizá mi vida sería mucho más fácil si yo fuera un hombre.

Por esos años, descubrí a Ellen en la televisión americana. La escuché decir que era gay y pensé: “¿eso se puede decir ahí? Yo tengo que irme a vivir fuera de México”. Y después: “¡Yo quiero eso para mí!”

Mucho antes de las *dating apps*, *Messenger* y *ICQ*, tuve una relación a distancia. Nos escribíamos cartas, grabábamos *cassettes* y yo compraba tarjetas telefónicas para llamar desde teléfonos públicos. Estaba realmente enamorada.

Viajé hasta Estambul para conocerla. La historia no resultó nada bien. Pero ese viaje importa por algo: si pedir permiso para salir con amigos había sido un reto durante mi infancia y adolescencia, mis padres me permitieron viajar hasta Turquía para conocer a

alguien que creían era una amiga. Incluso me dieron dinero y un regalo para su mamá. Para ellos, conocer otra cultura y otro idioma era una oportunidad para crecer.

Se dieron cuenta de que el viaje no iba bien, pero nunca me preguntaron qué pasaba. Me imagino que no sabían cómo consolar el corazón roto de su hija. De hecho, hasta hoy, nunca hemos hablado de aquello.

Poco después conocí a una chica con quien me sentí correspondida y querida. Eso me dio el valor para dejar de esconderme.

Mi hermana me preguntó por qué no quería salir con un hombre que estaba interesado en mí y decidí decirle la verdad. Después se lo dije a mis papás. Tenía 22 o 23 años.

Yo no quería usar la palabra “lesbiana”. La había odiado desde la adolescencia. Preparé mi discurso para decir que *estaba saliendo con una mujer*.

Me senté con mis papás en la sala y les dije que estaba saliendo con una chica, que era una buena perso-

na, que yo estaba bien, que todo estaba bien y que no tenían de qué preocuparse. Incluso les dije que creía que ella me quería. Y traté de minimizar el impacto para que su reacción no fuera regañarme.

Si pedir permiso para salir con amigos había sido un reto durante mi infancia y adolescencia, esto era como subir el Kilimanjaro. Mi mejor escenario era que ellos dijeran que necesitaban tiempo para asimilarlo, pero que, ante todo, me querrían siempre. Yo solo quería poder ser sincera y que me vieran como era.

Mi papá lloró y dijo que no sabía qué había hecho mal, en otra vida o en esta, para merecer aquello.

Mi mamá dijo que ya lo había imaginado cuando me veía jugar fútbol y béisbol, pero se sentía culpable de haberlo imaginado.

Apareció el nombre de mi tío, un hermano de mi mamá que era gay y que había caído en varias adicciones, y que para mis papás representaba un destino que temían para mí. Hoy entiendo que detrás de esa vida había mucho dolor. En ese momento, yo

solamente escuchaba el miedo de mis padres.

Mi hermana había estado escuchando detrás del barandal de las escaleras. En algún momento se hizo presente y les dijo a mis papás que, si me corrían de la casa, ella se iría conmigo.

Nunca olvidaré ese momento.

Después, nos quedamos en silencio. Yo seguía sentada en el sillón sin saber cuándo podía levantarme, hasta que mi papá se levantó y salió de la sala.

Con el tiempo tuve más libertad para invitar a mi novia a mi casa, pero mi papá me pedía que hiciera todo lo posible para que *no se notara*.

Han pasado treinta años.

Mis papás saben que soy lesbiana y han conocido a mis parejas. Han aprendido a respetarme, aunque todavía existe distancia. Ahora estoy soltera y todo es más sencillo para ellos. Es como si volviera a ser solamente su hija.

Pero no hemos llegado a un cuento rosa. Hay noches en las que llego triste y trato de convencerme de que me quieren; me repito que “lo hacen a su manera”.

A veces, esa frase me consuela. Otras veces sé que me la digo para soportar que no me quieran de la manera que necesito.

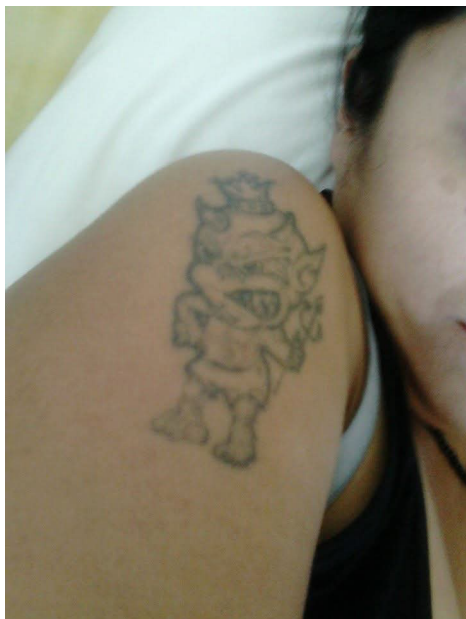
Hoy, soy la hija que está en el día a día. Mi hermana vive fuera del país, pero soy yo quien lleva a mis papás al médico, quien les explica lo que ya no comprenden y soy la que los ve envejecer. Eso ha hecho aparecer en mí una ternura que antes no tenía. A veces, todavía me hacen enojar y entristecer. Pero también puedo verlos con su propia historia, sus miedos y sus limitaciones.

He aprendido a comprenderlos sin borrar lo que me dolió. Y sigo aprendiendo a no esconderme.

Porque aquella niña de siete años nunca tuvo realmente dudas sobre quién era. Lo que aprendió fue a esconderse. Y lo que todavía estoy aprendiendo, a los cincuenta, es que ya no tengo que hacerlo.

Gaby Arriaga
@gabyarriagamx

Mamá, soy lesbiana



El tatuaje feo

Nancy Aldana

Septiembre de 1996, estoy en el segundo receso de la Secundaria Técnica. Mi hermano llega a presentarme a una amiga, se llama Fabiola y me dice que ella también quiere hacerse un tatuaje. Yo acababa de hacerme uno (horrible, por cierto), pero a mis trece años parecía lo máximo. Me quedé entre nerviosa y tímida, porque para mí Fabiola se parecía a Angelina Jolie en versión morenita y sin ojos claros (en realidad, solo los labios se parecían).

Fue muy extraño, pero no podía dejar de pensar en ella y preguntarme qué me estaba pasando.

Tenía dudas de si me gustaban o no las mujeres. Para ese entonces ya había dado uno que otro beso a los chicos de mi calle, pero nada emocionante que contar en realidad.

Después de platicar y darle toda la info, me pidió que la llevara para tatuarse y así fue. Dos meses después éramos buenas amigas y yo ya tenía claro que me gustaba. Tristemente, ella tenía una novia mucho más grande y yo, pues, solo me hacía ilusiones platónicas. Un mes después, al fin conocí a su novia, Marce. Wooow, creo que por primera vez todo mi cuerpo, mi corazón y mi mente, estaban en éxtasis. Casi no hablé porque Fabiola se daría cuenta de que me gustaba su novia. ¡Siii!, por fin acepté que me gustaban las morras. Siendo sincera, le coqueteaba a Fabi, y cómo le iba a coquetear a su novia también. Después de un par de semanas más, me volví amiga de las dos, la confidente de ambas, y terminé envuelta en su tóxica relación. A pesar de que eran más grandes que yo, todo el tiempo me decían que era muy madura para mi edad.

Meses después, yo casi a punto de cumplir catorce, un viernes en abril de 1997, estábamos en un bar clandestino, o al menos uno donde yo no debería haber estado. Comenzaron a pelear horrible (otra vez). Yo no sabía con quién irme, estaba un poco mareada con solo

una cerveza, pero la que traía auto y el dinero para pagar era Marce, así que me quedé con ella. Fabiola se fue muy enojada, aventando todo. Yo, para ese entonces, ya había besado a las dos, obvio en secreto. Las dos me gustaban y las dos me hacían sentir mil cosas. Fabiola era morenita, curvilínea y con los labios de Angelina Jolie, tenía quince y las bubis más grandes de la secu, por cierto. Marce era delgada, con un cuerpo muuuy atlético, cabello chino cortito, pestañas enormes y siempre olía delicioso, como a coco y flores. Ese día, seguí con Marce hasta que se acabó sus cervezas. Me llevó a casa después de eso, pero ella quería seguir tomando, así que pasamos por otro six. Llegando a casa, al ver que no había nadie, la invité a pasar a mi cuarto aprovechando el momento y, bueno, la verdad ya ni tomamos alcohol. Yo solo di un trago y woowoowwww, vi cómo se quitaba todo. Mi corazón se disparó a mil por hora, me temblaban las piernas, pero me empecé a desabrochar la blusa que traía y ella me dijo que no, que ella quería hacerlo. Así que yo, pues, me dejé llevar por todo lo que estaba sintiendo. Obviamente, mi cabeza me decía que estaba mal, que

Fabiola era mi amiga, pero también decía: “pufff, hazlo, es tu oportunidad”. Y también me decía: “definitivamente eres lesbiana, hazlo, no lo puedes controlar, ya terminaron”.

Y, bueno, a pesar de sentirme torpe en varias ocasiones, ese era el mejor día de mi vida. “¿Qué es todooo esto??? ¿Qué me está pasando? Siiii”.

Hasta queeee, se volvió también el peor día. En pleno clímax, escucho a mamá gritando y aventando las cervezas al suelo. Me levanté corriendo, apenada, mi cara súper caliente y tratando de vestirme. Marce solo jaló una sábana para taparse. Mi mamá, sonrojada también, de coraje y pena, me gritaba diciendo que no lo podía creer, que estaba decepcionada, que su casa no era un hotel. Mi mamá nos gritaba, pero evitaba vernos. Supongo que no fue nada fácil para ella ver lo que estaba pasando. Salió del cuarto echando fuego después de cachetearme, y a Marce también.

Me corrió de casa en ese momento, llorando y maldiciendo. Le dijo a Marce que la demandaría (ella tenía diecinueve años). ¡Yo aún trece! Salí asustada,

Marce me abrazó y me dijo que me subiera al coche. Para ese momento ya se le había bajado su borrachera y me fui con ella un par de días, pero ella estuvo muy callada. La realidad es que casi no hablamos de lo ocurrido y, pues, yo experimenté más cosas mientras estuve ahí. Al final, no quería que tuviera problemas legales, ni problemas con Fabiola, así que regresé a casa. Llegando, le dije a mi familia que me gustaban las mujeres y, a pesar de todas las malas caras, papá dijo que solo era una etapa. Mi mamá me dijo que en el hospital, cuando nací, le dijeron que “yo era una niña sana, no una manflora”. Fue la primera vez que escuché esa palabra y, después de la sentencia de ir al psicólogo, mamá me abrazó y me dijo que estaba feliz de que hubiera regresado.

No volví a ver a Marce y, Fabiola, después de darme un cachetadón en la secu frente a muchos, jamás me volvió hablar. Tampoco la volví a ver ese año.

Ya qué, ese año, salió de la secu.

¡Así fue mi salida del clóset!

Mamá, soy lesbiana



Inconsistencia meteorológica emocional

Annick Roth

Tenía diecisiete años, estaba en la preparatoria y Sofía era una de mis mejores amigas. Compartíamos clases, tareas, escenario y muchísimo tiempo. Leíamos a los vampiros de Anne Rice, a Benedetti y a Sábines; babeábamos juntas por Brad Pitt y nos sabíamos de cabo a rabo la banda sonora de *Moulin Rouge*. Cada experiencia compartida podía adquirir dimensiones enormes; al menos yo lo vivía así. A veces, llovía por dentro aunque afuera hubiera sol.

Sofía, para mí, era hogar. Me cuidaba de una forma que me encantaba. En la cafetería podía mirarme con sus ojos almendrados como diciendo: “¿otra vez vas a comer orejas Tía Rosa con tu Boing de mango?” y ofrecerme compartir una ensalada. Si algo me preocupaba, tenía, como dice la canción de Silvio: “la pa-

labra precisa, la sonrisa perfecta” para tranquilizarme, aunque nunca —o, siendo más honesta, casi nunca— quise que pasara algo capaz de borrarla de pronto de mi vida. Me hacía sentir vista. Había pasado casi toda mi infancia sin amigos y no estaba acostumbrada a sentir que pertenecía así a la vida de alguien.

Por aquella época apareció Isa, una chava mayor que nosotras y compañera de Sofía en un montaje musical. Jugaba fútbol y se alejaba del estereotipo femenino al que yo estaba acostumbrada; con las pocas referencias que tenía entonces, aquello me daba ciertas pistas. Además, Isa esperaba a Sofía a la salida de clase con cartas, dulces y regalos, hasta que Sofía comenzó a sentirse asfixiada por tantas atenciones. Un día se lo dije:

—Creo que Isa busca algo más que una amistad. Creo que está enamorada de ti.

Percibí desconcierto y cierta molestia.

Para entonces, Sofía ya había terminado con Lalo. Poco después, en una fiesta, terminó besándose con

un chico. Isa desapareció. La encontramos encerrada en una habitación, borracha y deshecha. Entre lágrimas confirmó lo que yo sospechaba: estaba enamorada de Sofía. Días después volvió a escribirle; Sofía quería que aquello terminara, me pidió ayuda y contesté en su nombre. No me enorgullece, pero entonces sentí que tenía que apoyar a mi amiga.

Sofía volvió con Lalo. Si él ocupaba el centro de su atención, todo bien: era su novio. Lo que me dolía era cuando ese lugar lo ocupaba otra amiga y yo dejaba de ser la persona con la que quería compartirlo todo. Si estaba distante o no me saludaba, podía hacer un día precioso y yo sentir que todo se venía abajo. Bastaba su clásico “¡hola, tú!” para que saliera el sol y, si encima preguntaba “¿qué vas a hacer hoy?”, hasta el arcoíris adornaba mi cielo.

Le escribí una carta larguísima, con tintes poéticos y seguramente más reveladora de lo que yo pretendía, para decirle cuánto me dolía su distanciamiento. Mientras intentaba poner mi corazón en palabras, comprendí que el amor que sentía por ella ya no cabía

del todo en lo que yo entendía por amistad. Entonces volvió a mi cabeza lo ocurrido con Isa: ¿y si a mí me estaba pasando lo mismo? Pero ¿acaso me gustaba físicamente? La carta no hizo sino alejarla aún más.

Estaba tan confundida que una noche me encerré en el coche, afuera de casa. Necesitaba llorar, gritar y sacar de mí lo que me oprimía el pecho, pero no podía. Durante años había llevado metida una frase de mi papá: “llorar no resuelve nada”. Podía sentirme ahogada sin derramar una lágrima. Mi mamá me encontró. Después de insistir para que la dejara entrar al coche y regañarme por no haber aparecido a cenar, me abrazó. Entonces, sí pude llorar.

—Tengo el corazón roto —logré decir—. Creo que me enamoré de quien no debía.

Cuando preguntó de quién, tardé en responder. Decirlo en voz alta significaba volver real algo que me daba miedo escuchar.

—De Sofía. Estoy muy confundida.

Hubo un silencio que me pareció eterno.

—¿Por qué me estás haciendo esto?

Esa pregunta me rompió aún más. Yo no estaba tratando de hacerle nada a nadie; apenas intentaba entender qué carajos me estaba pasando a mí.

Después vinieron los psicólogos. Yo quería comprenderme; mi mamá esperaba que alguien pudiera ayudarme a corregir el rumbo. Uno concluyó que era lesbiana y mi mamá, indignada, ya no me quiso llevar con él; otra concluyó que era una chava “normal”, confundida, y fui yo quien decidió no regresar.

Intenté convencerme de que todo había sido un “efecto Isa”, tuve novios de los que me enamoré y besé a hombres que me gustaban. Para entonces, Sofía ya se había alejado y el grupo había dejado de incluirme en sus planes. Estoy casi segura de que tenía que ver con lo ocurrido con ella y con las dudas que aquello había despertado sobre mi sexualidad. Si besaba a un hombre delante de alguno de ellos, mejor, creía que así disiparía esas dudas y volverían a integrarme.

A los veinticinco, volví a enamorarme de una mujer. Esta vez fui correspondida por un tiempo, pero el corazón otra vez se me hizo trizas. Cuando se lo conté

a mi mamá, llegó a decirme que, si eso era cierto, no quería vivir. Meses después se lo dije a mi hermano, porque necesitaba a alguien que me escuchara. Me abrazó:

—Ayyyyyy, hermanitaaaaa, gracias por decirme.

Durante años, ante mi mamá y mi abuela, mis novias fueron “grandes amigas” que venían de pijamada a casa, a ver películas.

A mi papá tardé muchos años más en contárselo. No tuve más remedio cuando él y mi novia coincidieron una noche en la misma casa. Le dije quién era ella para mí y su respuesta fue sorprendentemente tranquila:

—Ok. Gracias por decírmelo.

Esperé algo más.

—¿Qué onda, pa? ¿No me vas a decir nada más? — me animé a preguntarle con una risita nerviosa.

—Lo único que me interesa es que seas feliz con quien tú elijas —contestó.

Y yo me sentí más ligera.

Creo que ya lo sospechaba desde hacía tiempo.

Con los años, mi mamá terminó por aceptarme. Una de mis parejas llegó a decirle que me amaba y, con su bendición, me besó frente a ella. Aunque ahora es mi ex, el cariño entre ellas dos permanece.

Ahora entiendo que mi verdadera salida del clóset nunca se trató de decirle a alguien más a quién amo o con quién me acuesto. Se trató de dejar de sentir que tenía que corregir algo en mí para merecer un lugar y aprender que pertenecer no debería costarme *dejar de ser quien soy*.

Durante mucho tiempo, quise encontrar la palabra exacta que me definiera. Pero hoy me importa mucho más amar y vivir a mi manera, dejarme cambiar y reconocer que ninguna versión de mí tiene por qué ser definitiva.

Mamá, soy lesbiana



La vida que comenzó a brillar

BGA Sirena del desierto

Tenía quince años cuando miré a mi vecina Claudia y entendí que algo en mí había cambiado. Ella era lo que más me hacía vibrar. La miraba y sentía que mi mundo comenzaba a brillar. Fue la primera mujer de la que me enamoré.

Todavía no sabía cómo nombrar lo que sentía. La palabra “lesbiana” me daba miedo. Yo era la princesa de la casa, la Barbie de los cuentos, la nenita de don Félix. También era una morra que andaba en moto, que se había rapado para evitar una fiesta de quince años y que buscaba entender quién era.

Más adelante, mientras estudiaba gastronomía, entré a trabajar como mesera en El Hábito, hoy #TeatroBarElVicio, para pagarme la escuela.

Había pedido trabajo de lo que fuera con tal de escuchar los monólogos y ver actuar a “las patronas”, como les decíamos de cariño.

En mis ratos libres corría a Gandhi y a El Sótano en busca de revistas, películas e información que me ayudaran a entender ese mundo al que sentía que pertenecía. En ese proceso encontré en el Armario Abierto el libro *Mamá, papá, soy gay*, de Rinna Riesefeld. Ese libro cambió todo: salvó mi vida y me ayudó a sostener mis emociones. Gracias, Rinna, por haberlo escrito.

Por las noches, El Hábito se llenaba de teatro, música, artistas y conversaciones. Recuerdo escuchar a Tania, Eugenia, Susana, Regina y Astrid. Recuerdo también el día en que conversé con Chavela Vargas en la cocina y me dijo:

—Qué linda mirada, qué ojos tienes, chamaca.

Ahí me sentía segura. En la escuela, en cambio, me quedaba dormida sobre el pupitre. Nadie sabía que yo vivía entre dos mundos.

Mi salida del clóset no ocurrió en un escenario ni mediante una conversación que hubiera elegido tener.

Cuando tenía a mi segunda pareja, alguien llamó a mi mamá a su oficina. Yo jamás imaginé que harían esa llamada. De pronto, mi universo paralelo quedó descubierto y me encontré en una de las peores situaciones de mi vida.

Mi familia lo recibió como si fuera lo peor que podía haber pasado.

Me dolió profundamente. Mi padre nunca perdonó mi decisión y mi madre también sufrió, se sintió culpable y se preguntó qué había hecho mal. Tuvimos que aprender muchas cosas juntas. Con el tiempo, ella llegó a respetarme y a darme el brazo que necesitaba para sostenerme.

Yo saqué una maleta llena de sueños, salí de casa y comencé a construir mi propia vida y mi propia familia. No fue fácil. Pero en El Hábito había aprendido a resistir y a no rendirme. Sabía que tenía una cueva, un refugio, un lugar donde podía ser yo.

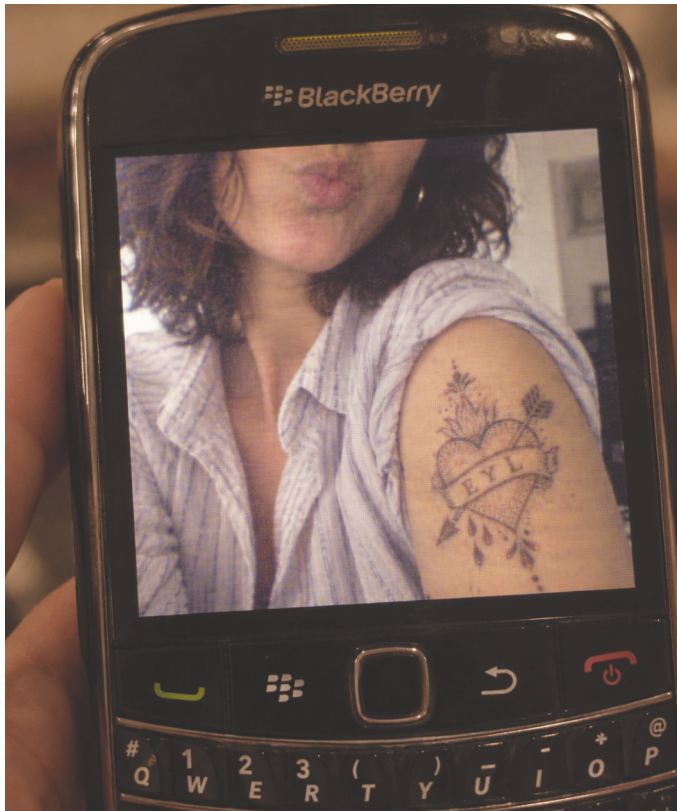
Hoy pienso en Claudia, en aquella mirada que hizo brillar mi mundo por primera vez. Pienso también en la joven que tuvo miedo de la palabra “lesbiana” y en todo lo que tuvo que atravesar para poder decirla con orgullo.

Si quien lee esto tuviese miedo de descubrirse o de contarle a su familia a quién ama, quiero que sepa que aquí estoy. Puedo escucharle, contarle mi historia y acompañarle.

Porque el amor es el amor, y con eso basta.
¡Que vivan las lesbianas!

Bárbara García Armenta
@ichichbolsas_

Mamá, soy lesbiana



E y R

Érika Rod

A los veinte años pensaba que estaba siendo abierta al besar a una que otra mujer, de vez en cuando, por casualidad, casi sin querer y siempre un poco ebria. En la oscuridad y el anonimato de la noche, en algún bar, en alguna pista de baile llena de cuerpos sudorosos, donde daba igual si besabas a la princesa o al sapo.

Pero un día conocí a Regina.

En otro texto escribí que Regina fue una trampa de la vida, pero no fue una trampa. Fue el tesoro al final del arcoiris, la bengala en el mar, una puerta abierta que no sabía que existía cuando mi vida parecía un callejón sin salida.

Regina fue mi primer amor. Un primer amor a mis veintisiete años, después de mi primer amor adolescente. La conocí en un avión, se sentó a mi lado en

el asiento 17 A y desde ese momento supe, supimos, que algo estaba destinado a suceder con nosotras. Ella leía a Murakami, *Tokio blues*. Yo a Cortázar, *Los papeles inesperados*. La conversación empezó cuando ella me preguntó por mi libro. La pregunta correcta. Correctísima. Porque yo se lo conté todo: que estaba más que emocionada de leer esa compilación de textos inéditos, que Cortázar había sido mi amor literario de juventud, le conté como encontraron el manuscrito, cómo lo editaron, etcétera, etcétera.

Cuando aterrizamos, intercambiamos tarjetas y comenzamos una relación epistolar por correo electrónico. Fue muy fácil enamorarme de Regina, desde la primera cita, que fue en la Cineteca —una primera cita conmigo y mi destino— hablamos y nos reímos como si nos conociéramos de antes, luego fuimos a su departamento y nos besamos, nos desnudamos, nos amamos.

Nuestro amor de torbellino comenzó ese primer día y continuó a la mañana siguiente, y a la siguiente y a la siguiente... Era un amor nuevo que no se parecía

en nada al amor que conocía con los hombres, y además podía explorarlo a mis anchas porque vivía sola, porque tenía un sueldo fijo y un buen trabajo como antropóloga en una organización social, que entonces me parecía muy honorable.

Amaba a Regina y me mandaba sola.

No me importaba nada más.

En ese tiempo capacitábamos a maestros en todo el país sobre temas de tecnología educativa y, una vez al mes, salía de viaje. Los talleres duraban apenas un par de días, pero siempre encontraba el momento para escapar un poco y disfrutar el lugar. En una de esas escapadas, en Mazatlán, me encontré en la playa a una chica que hacía tatuajes de henna. Decidí tatuarme un corazón de marinero en el brazo, con las letras E y R, con una flecha y gotas de sangre. Más tarde, con mi Blackberry, me tomé una *selfie*: doblé hasta el hombro la camisa de mi traje sastre para mostrar mi tatuaje y le mandé un beso.

Descargué la foto en mi computadora y se la envié a Regina por correo.

“Ya regresa. Quiero besarte toda”, respondió.

Pero mi amor con Regina era una burbuja en mi vida de ese momento. Acababa de mudarme a la Ciudad de México y me gustaba ese anonimato de las masas. Hasta que unos meses después fui de viaje a París, y de regreso visité a mi madre en Xalapa.

Ahí se rompió la burbuja.

Estaba con ella Óscar, mi hermano menor. Les mostraba a ambos fotos del viaje cuando apareció, imprudente e inesperada, la foto del tatuaje de marinera.

—¡Te hiciste un tatuaje Érika Beatriz! —gritó mi madre.

Me reí.

—No es un tatuaje, es de henna, me lo hice cuando fui a Mazatlán... Mira, no tengo nada.

Cambié la foto y seguí adelante.

—A ver, regrésala... ¿E y R? ¿Quién es R?

Me puse nerviosa. No podía mentir. No quería mentir.

—Es Regina. Y ya que estamos en esto, te cuento que estoy saliendo con ella, apenas tenemos unos meses juntas. No sé si soy bisexual, no sé nada. Solo sé que estoy muy feliz.

Se quedó callada un momento. Analicé su reacción. Me miraba fijamente desde la silla. Hizo los ojos chiquitos y después dijo:

—Si tú eres feliz, yo soy feliz —y me sonrió, y la abracé y se me humedecieron los ojos.

—Pues qué chido —dijo mi hermano— debe ser muy práctico que sean dos mujeres. O sea, son iguales, usan las mismas cosas, se pueden prestar ropa, hasta pueden comprar juntas los paquetes enormes de toallas sanitarias del Costco.

Mi hermano al rescate. Óscar siempre ha sabido hacernos reír cuando parece imposible; es su talento. Siempre le agradeceré haber relajado ese momento.

Terminamos la sesión de fotografías, y esa noche también terminó la conversación entre mi madre y yo.

No volvió a preguntar por Regina.

Después, no quiso preguntar por Venus, ni por Gabrielle, ni por Leonora.

Tampoco preguntaba por mí.

Años después supe, por mis tías, que mi madre sufrió en silencio, que no se explicaba “por qué había cambiado” y que tenía la esperanza de que yo “recapacitara”, porque eso de ser gay —nunca pudo decir la palabra lesbiana—, era el error más grande de mi vida.

Había dicho una mentira grande, una que estoy segura que quiso creer, pero que no sabría enmendar después, ni conmigo ni con ella: *Si tú eres feliz, yo soy feliz.*

Quince años jugamos al “si tu no preguntas yo no te cuento”, y aunque mantuvimos una relación amable y amistosa, no fue íntima ni amorosa. Yo dejé de ser la hija que ella quiso y eso para ella fue alta traición. Hasta el día de su muerte me hizo sentir que había cometido un error.

La historia con Regina terminó pronto, me rompió el corazón con dimensiones galácticas, como el Big Bang. Y aunque la destrucción fue masiva y expansiva, como el Big Bang, mi historia —la verdadera— comenzó con ella, y por eso siempre estaré agradecida de haberme encontrado con su amor en esta vida.

Érika Rod
@erikarodmx

Mamá, soy lesbiana



Yo ya sabía quién era

Mafer T.

Nunca creí demasiado en la idea de “salir del clóset”.

Desde que acepté que me gustaban más las mujeres, simplemente empecé a salir con ellas. Tenía dieciocho años y estaba en la universidad. No hubo una gran revelación, ni una conversación solemne, ni una escena de película en la que alguien dice:

—Mamá, papá, tengo algo que decirles.

Simplemente empecé a vivir.

Llevé a dos novias formales a mi familia. Las conocieron, convivimos, salimos, pasamos vacaciones juntas. Pero como nadie preguntaba nada, yo tampoco creía que tuviera que explicar nada. Para mí era bastante evidente. No estaba escondiendo una relación ni inventando una historia paralela. Era mi vida, y yo estaba viviendo mi vida.

Hasta que, muchos años después, llegó el momento que mi mamá consideró —aunque yo no— mi salida oficial del clóset.

En 2019 le dije que me iba a casar con Marge.

Y mi mamá se infartó.

No literalmente, aunque el drama fue de proporciones considerables.

Me hizo todo un show y yo me quedé en shock. No podía entender por qué estaba tan sorprendida. Para mí, no había ninguna información nueva ahí. Yo llevaba años saliendo con chicas. Llevaba dos años con Marge. Mi mamá ya le conocía. Habíamos salido juntxs, ido de vacaciones, pasado tiempo con la familia, dormido juntxs. Nuestra relación no era precisamente un misterio internacional.

Así que cuando me dijo que yo nunca se lo había dicho de manera “formal”, mi respuesta fue más o menos así:

—Pero conociste a [inserte aquí nombre de exnovias]. Pasamos años saliendo, nos íbamos de vacaciones, dormíamos en la misma habitación... ¿Qué

creías que era? Porque, honestamente, ¿qué otra explicación había?

Entonces me dijo algo que todavía recuerdo: *ella pensaba que era una etapa.*

Incluso me contó que una tía le había dicho que no se preocupara, que probablemente era por la muerte de mi papá.

Mi papá había muerto en 2007.

Esto estaba pasando en 2019.

Yo tenía 30 años. Llevaba dos años con Marge. Y mi mamá todavía estaba esperando que “se me pasara”. Creo que en ese momento pensé: “¿De qué etapa estamos hablando?”

Después de aquello, me casé con Marge. Dejé de hablar con mi mamá durante aproximadamente un año y medio y me mudé a Playa del Carmen.

Y, entonces, llegó la pandemia, porque aparentemente la vida decidió que todavía nos faltaban un par de capítulos de caos.

Durante ese periodo, a mi mamá le detectaron un tumor cancerígeno en la nariz y, a partir de todo lo que vivimos alrededor de eso, retomamos nuestra relación.

Hoy, en 2026, mi mamá adora a Marge.

De hecho, creo que la quiere más que a mí, pero esa ya es otra historia. Jajajaja.

Con el tiempo entendí que, quizá, ese momento sí fue una especie de coming out. Solo que no fue un momento de revelación para mí.

Yo ya sabía quién era.

Mamá, soy lesbiana



It's never too late

Leti

En realidad, nunca tuve un gran momento de “salida del clóset” como los que suelen verse en las películas. Lo mío fue más bien una revelación espontánea y casi casual. Iba en un vuelo rumbo a Madrid, viendo la película Carol mientras el avión cruzaba el Atlántico, cuando simplemente lo entendí. Fue un pensamiento muy natural y directo:

“Ah, ok. Esto es lo que soy”.

Iba a encontrarme en Madrid con mi hermano menor y su esposo para tomar unos días de vacaciones. Durante todo el trayecto sentí una certeza física, una claridad absoluta en el cuerpo que me llenó de emociones.

No podía esperar a aterrizar para compartirlo con ellos. Se los conté esa misma noche durante la cena y,

por supuesto, al ser ellos también parte de la comunidad, se emocionaron muchísimo por mí.

Tenía 40 años.

Mirando hacia atrás, entiendo perfectamente por qué me tomó la mitad de mi vida llegar a ese punto. Crecí sumergida en una cultura mexicana profundamente religiosa, siendo la única mujer entre puros hermanos y atravesando dinámicas y traumas familiares complejos. Además, yo siempre fui de personalidad femenina. En aquellos años, la diversidad era una cultura bastante oculta; no existían referentes ni modelos a seguir en los cuales pudiera verme reflejada y decir: “Ah, tal vez eso es lo que me pasa”.

Mis sentimientos estaban tan reprimidos que yo sinceramente pensaba que solo sabía reconocer cuándo una mujer era guapa y que simplemente no era la típica mujer envidiosa. Con el tiempo entendí la diferencia: hoy puedo ver a un hombre atractivo y reconocerlo sin sentir absolutamente ningún deseo sexual ni de compartir mi vida con él... Pero con las mujeres era algo completamente distinto.

En el momento en que me di cuenta en ese avión, vivía con un hombre, en Portland, Oregon, por lo que sabía que mi regreso a casa implicaría tener una conversación honesta con él. Al volver, tuvimos esa plática, que fue sumamente difícil y dolorosa para los dos. Sin embargo, él lo entendió con una empatía y compasión que siempre le voy a respetar. Nos conocíamos desde hacía muchos años y trabajamos mucho para mantener la amistad... Hasta el día de hoy la conservamos, y eso me parece algo precioso.

A esa edad, salí con todo y les dije a mis amigos más cercanos y a mi familia: “Oigan, me ando cambiando de equipo”. Todos me abrazaron y me apoyaron desde el primer segundo.

En esa época estaba terminando mi MBA y consolidando mi carrera en la industria de la tecnología. Desde entonces, he vivido orgullosamente como lesbiana, sin haber dudado un solo segundo, y sin volver la mirada atrás hacia mi antiguo mundo.

100 % yo



Cómo salí del clóset donde no sabía que estaba metida

Gloria Lucía

Una mañana, a mediados de 2023, desperté sacadísima de onda por el sueño que había tenido esa noche. Era la primera vez que soñaba algo así y me impactó tanto que no solo se quedó dando vueltas en mi cabeza, sino que las emociones que tuve fueron tan intensas, que no dejé de sentir las en el cuerpo todo el día.

El sueño:

Estaba caminando por un muelle, abrazada, acarameada y enamoradísima de Naye, la única lesbiana que conocía. Ya tenía la sospecha de que me gustaba: cuando se aparecía en reuniones a las que me invitaban unas amigas en común, me emocionaba y quería quedarme más tiempo, buscaba sentarme junto a ella y me descubría a mí misma coqueteándole.

Esa mañana, al despertar, lo primero que hice fue buscarla en Instagram. Tenía años que no hablábamos, la vida nos había llevado por caminos diferentes y ni siquiera nos seguíamos en redes sociales, por lo que la agregué y empecé una campaña de corazoncitos y *likes* que me hacían soltar un gritito de emoción cada vez que se los mandaba, aunque no recibía respuesta.

El contexto:

Tenía una relación de diez años con un hombre y cohabitaba con él desde hacía seis años. Siempre había salido con hombres y no tenía idea de que podía llegar a gustarme una mujer, hasta ese momento. El sueño fue clave para darme cuenta, porque traté de olvidarla, pero un par de meses después mi subconsciente volvió al ataque con otro sueño que me hizo actuar y escribirle por Instagram. Le pregunté por su vida y traté de que nos viéramos, pero no tenía éxito y tampoco quería incomodarla, así que todo se quedaba en meros intentos.

Después del segundo sueño le dije a mis amigas que me gustaba una mujer y con mucho cariño me aceptaron. Pocas semanas después le dije a mi mamá, quien me dijo:

—No dejes a tu hombre y sal con ella como si fuera tu amiga.

Consejo que jamás seguí, pues, después de meses de intentarlo, cuando por fin concretamos lo que fue “mi primera cita”, fuimos a un concierto a la Sala Nezahualcóyotl y al día siguiente me le declaré:

—Me gustas mucho.

Le dije, y ella, con extrañeza, me dijo:

—Pero tú eres heterosexual y estás casada.

Insistí en que yo también me estaba descubriendo y que no tenía intenciones de lastimarla, así que empezamos a salir. No me la creía, sentí que estaba saliendo con mi crush de toda la vida. Acto seguido, le dije a mi pareja hombre que me gustaba mucho una mujer y que quería salir con ella, a lo que me dijo:

—O te olvidas de eso que sientes y seguimos normal o aquí terminamos.

Y, pues, terminamos.

Al día siguiente, salí con mis cosas del departamento que compartíamos, me fui a vivir sola y a empezar desde cero en un mundo totalmente desconocido, pero acompañada de una forma muy amorosa por Naye, a mis 36 años.



Mi salida del clóset

Claudia Mera

En 1996, yo tenía veintidós años y acababa de terminar la carrera de Diseño Gráfico en la ENAP-UNAM. El 96 era un mundo todavía bastante analógico, pero los cambios se sentían más y más. En México, los años de Zedillo transcurrían entre cambios políticos y económicos, mientras la lucha por los derechos LGBT empezaba a hacerse más visible, aunque yo no tenía idea de nada.

En la música escuchaba bandas como Nirvana, Pearl Jam, Jamiroquai, Portishead, Café Tacvba, Caifanes, Red Hot Chili Peppers, The Cranberries, No Doubt, etc.

En las computadoras todos usábamos “Windows 95” y así comenzaban a cambiar la forma de trabajar, de comunicarnos y entretenernos. Internet y su soni-

do de módem se volvieron la pesadilla en casa porque si alguien lo usaba, nadie más podía usar el teléfono, los celulares todavía no cabían en la bolsa del pantalón y en el cine estaba fascinada con *Trainspotting*, *Fargo*, *Romeo + Juliet*, *Mars Attacks!* y *Secrets & Lies*, yendo a la Cineteca a las funciones de las 11 a m.

Hasta ese año mi vida había sido bastante fácil y privilegiada, casi al punto del aburrimiento.

Sin embargo, la presión en casa porque yo tuviera un trabajo se sentía cada vez más fuerte. Mi madre tenía la fantasía de que el diploma de terminación de la carrera venía incluido con un contrato de trabajo.

El privilegio de ser “la hija de mamá y papá” había caducado y era hora de salir al mundo, uno que yo no conocía y no sabía qué esperar de absolutamente nada.

Esta misma incertidumbre la sentía desde el fondo de mi estómago hasta mi cabeza.

Trabajo interno —ahora lo sé—, eso fue lo que empecé a hacer conmigo. Mi cabeza era la que no dejaba de pensar y pensar en el futuro, en mi vida profe-

sional, en mí misma; la vida rutinaria que había tenido desde los seis años también estaba terminando y mi cabeza no podía con tantos cambios.

Ahora que tenía tiempo para dedicarlo a mí misma era la primera vez que realmente pensaba sobre cuál sería mi futuro sentimental. Antes pensaba igual que Juan Gabriel: “Yo no había nacido para amar”. Nunca me había relacionado de ninguna forma con nadie y pensaba que siempre sería así.

Y aunque no me sentía tan mal por mi falta de experiencia, algo que empezó a hacerme ruido en la cabeza fue pensar en si realmente me gustaban los hombres o si había otra razón y por eso era que no había tenido ninguna relación.

Esto va a sonar duro, y por eso mi duda, y es que el pensar en tener un pene dentro de mí... no era lo mío.

Sentía que era un acto muy intrusivo a mi cuerpo y también pensaba que estar junto a alguien sería limitante para mi persona, mi pensar, mis deseos, mi vida.

El tema “gay” no existía en ningún círculo al que pertenecía, pero entonces recordé que en la primaria tenía un compañero de clase que a veces llegaba a jugar, pasaba horas en mi casa, le gustaba un juguete que se llamaba “la casita del árbol”.

Recuerdo que a veces llegaba con algunos moretones en la cara y el cuerpo, lo sé porque a veces le costaba moverse, decía que le pegaban con el cinturón. La verdad, en esa época no era raro, a mí y a mi hermano también nos llegaron a pegar así, con el palo de la escoba y con la famosa chancla. Pero a él lo golpeaban porque era un poco amanerado. Cuando era niña no lo entendía, hasta que yo misma empecé a pensar-me igual como una persona gay.

En la universidad, tenía un amigo que era abiertamente gay, pero no me gustaba juntarme mucho con él. Sus rollos no me interesaban y no me gustaba del todo su forma de ser, muy estridente para mí. Aún así, pasamos cuatro años en la escuela, teniendo un contacto cercano y, aunque no fue el primero, fue de los primeros que se enteraron de mi orientación.

Las mujeres nunca fueron mi fuerte, siempre les caía mal porque tenía facilidad para convivir con los niños, siempre me sentí como una de ellos, no, no era que pensara en “ser” como ellos, sino en tener las mismas oportunidades que ellos.

Así que cómo iba a estar con una mujer, si ellas y yo no “éramos amigas”, pero un día, pensando en todo esto, empecé a unir los puntos y los veintes cayeron... uno a uno... Primero mi *crush* con una compañera de la secundaria que me duró hasta la prepa. Luego mi fascinación por algunas cantantes de la época cuando tenía entre doce y dieciséis. Y más... Todo lo vi clarito y entonces supe que sí, que sí me gustaban las mujeres.

Lo primero que hice fue ir a la biblioteca a buscar más información, en esos años no había nada. Y lo poco que había, era solo para los hombres, la literatura sobre mujeres era inexistente. Luego empecé a buscar algún grupo, algo que me hiciera sentir “parte de”. Hasta que di con uno, ahí comencé otro trabajo de autoconocimiento que me llevó a juntar el valor

para aceptarme al 100% como lo que siempre había sido y a empezar a ser yo misma como siempre debió ser.

Habían pasado nueve meses desde que todo esto había empezado y ahora estaba en el camino correcto.

Sin embargo, tuvieron que pasar poco más de tres años para que pudiera reunir el valor de decírselo a mi hermano. Un día, platicando con él de otros problemas familiares, aproveché para hacer mi salida del clóset con él.

En el grupo de apoyo al que iba nos habían dicho que, a veces, decírselo a un hermano podía ser más fácil y tal vez encontrar algo de empatía y ayuda para luego decírselo al resto de la familia. Yo tuve mucha suerte, de hecho. Él solo me dijo:

—Ya lo sabía. Ya se me hacía raro que pasaras tanto tiempo con la otra C...

Yo me quedé sorprendida y tranquila: si ya lo sabía y no había dicho nada, era una buena señal.

Al poco tiempo, mi cuñada también lo sabía y ambos se volvieron aliados importantes cuando al año siguiente todo explotó en casa de mi madre.

F I N



Lesbiana Activa

MaryAchi

Me asomé varias veces antes de salir. Tenía como quince años en mi primera asomada y sentía una cosa rara, que no sabía qué era en ese entonces, por mi compañera de secundaria, quien pocos años después se convertiría en mi primera novia.

A los veintidós años fue mi segunda asomada. Vivíamos en Chicago y todos los fines de semana salíamos de fiesta juntas: ella, otra amiga y yo. Nos inventábamos nombres en los antros mientras ligábamos con los más que podíamos. Terminábamos la noche en un taxi de regreso a casa contando el marcador de cada una, sabiendo que no había premio o motivo para hacerlo.

Un día que regresamos con unas copas de más, ella se fue directo al baño. La puerta estaba abierta y vi

que estaba tirada en el suelo. Me dijo que se sentía muy mal. Parecía que se iba a desmayar. Le pregunté qué tenía, pero no me contestaba claramente. Entonces la tomé de la cara para que reaccionara. Para hacer esto me tuve que poner sobre ella.

Me dijo que la besara, y en vez de besarla, le pregunté:

—¿Y entonces por qué anduviste con mi novio?

Me contestó:

—Porque siempre me has gustado y quería darte celos.

Entonces, ignorando por completo todas las banderas rojas y pensando que era lo más romántico, la besé.

El romance no duró mucho. Pensé que había sido algo experimental y tenía mucho miedo; ya con esa había acumulado el máximo de puntos para mi boleto al infierno según la religión de mi mamá.

La tercera vez que me asomé fue en la fiesta del día de mi graduación en Chicago; fueron varios amigos, entre ellos Paula. A altas horas de la madrugada, bai-

lando con ella en la pista, me besó. Siempre me había gustado. Entonces decidí regresar a México muy emocionada y con novia nueva, perdón, amiga nueva.

Nuestra amistad fue caótica y terminó después de que sus papás amistofóbicos contrataran a una persona para espiarnos, quien nos seguía a donde fuéramos por la ciudad, y a la par recibíamos amenazas si no terminábamos con eso.

Me deprimí tanto que viajé a la Ciudad de México y, en el hotel en donde me hospedaba, por primera vez pensé que lo mejor era apagar mi vida.

Sentía que el mundo entero me quería silenciar. ¿Por qué no ayudarlo?

Decidí irme al norte y no, no fue al cielo.

Era un lunes muy temprano, tenía poco tiempo de haber llegado, recuerdo que me estaba alistando para irme a clases cuando sonó mi teléfono y era mi mamá. Me dijo que acababa de llegar a Canadá porque quería hablar conmigo. Me asusté muchísimo. Algo muy grave tuvo que haber pasado para que hubiera volado 3,944 km sin avisarme.

Me citó en el cuarto del hotel donde estaba hospedada. No fui a clases, no hice nada más que ir directo a su cuarto. Llegué, entré y ella cerró la puerta para después sacar un sobre de su bolsa.

Me preguntó.

—Dejaron esto en el buzón de la casa, ¿es cierto?

Empecé a leer esa carta dirigida a mi mamá. Sin remitente. La terminé de leer y vi que estaba firmada por Nadie.

¿Una carta anónima? ¿Para mí? Qué detalle. La gente de la ciudad es tan amable. Pensé que eso solo pasaba en las películas.

Las palabras que había escrito la persona —que me tardaría años en encontrar con la ayuda de un exdetective del FBI— me acusaban de ser “lesbiana activa” y de llevarme “entre las patas” a las niñas de la ciudad. ¿Lesbiana activa? ¿Así como un volcán? No entendía nada.

La cosa no paraba ahí: invitaba a mi mamá a mandarme a un psiquiatra muy efectivo de la CDMX a que me “reconstruyera”, para después sugerir que mi pro-

blema era un rechazo hacia la figura materna, el cual debía corregir de inmediato. “No desoigas las palabras de Dios nuestro Señor”.

¿Quién no ama recibir tips acerca de su vida de manera anónima?

“Mierda”, pensé.

Luego llegó la rabia, después el desconcierto.

Yo no estaba lista para salir del clóset, solo había venido practicando la asomada hasta ese momento. Recuerdo lo difícil que fue leer y pronunciar la palabra lesbiana, pero le contesté que sí, que sí era, pero solo a la parte de lesbiana. Eso de que era activa y que me llevaba entre las patas a otras, pues la verdad es que no.

Además, ¿cómo se lo iba a negar si mi novia canadiense me estaba esperando en el lobby?

Pero un momento:

¿Cómo podía ser cierta esta historia si, años atrás, cuando tenía quince y corría el rumor de que yo era lesbiana-marimacha, me habían llevado al psicólogo y ahí me hicieron dos exámenes: uno para saber si era

lesbiana y otro de paso para saber si algún día me podría volver loca? Ambos habían salido negativos, certificados por un profesional. Ga-ran-ti-za-do.

¿Cómo iba a ser lesbiana, entonces?

Y aunque la medicina entera nos había fallado a mí, a mi mamá y al resto de los involucrados, me hubiera sentido una hipócrita si volvía a entrar y habitar ese clóset. No me gusta contradecir a la ciencia, pero isí era lesbiana!

Ahora solo me queda una duda: ¿qué me espera entonces con aquel examen que salió negativo de la locura?

Mamá, soy lesbiana



¿En serio no te gustan las mujeres?

Bea Wolf

Cuando salí del clóset tenía diecisiete años. En ese entonces mi mejor amigo era Rolando, él era evidentemente gay y éramos inseparables. Un día me pidió que le acompañara a un antro gay. Rolando siempre me preguntaba:

—¿En serio no te gustan las mujeres?

Yo sabía que era masculina porque siempre me gustó más la ropa y juguetes de mis hermanos que lo que me tocaba a mí por ser niña, pero creo que fui bastante asexual, o eso creía, porque no me interesaban mucho los chicos, pero tampoco las mujeres.

Al entrar a la prepa, entró una compañera que se la pasaba diciendo que ella era bisexual, y yo solo pensaba: “qué pesada, a quién le importa su vida”.

Hasta que un día desperté y me di cuenta de que había soñado con ella. En ese momento me saqué mucho de onda, pero lo dejé pasar. El problema fue que pasaron los días y yo seguía soñando con ella. Parecía que la vida me lo quería poner enfrente hasta que lo viera.

Un día decidí enfrentarlo, pues porque así soy yo, y entonces le llamé a su casa, como se usaba antes, y le pregunté si podíamos hacer la tarea juntas y ella me dijo que sí. Ese día llegué a su casa, nos encerramos en su recámara y ya estando ahí, no pude más y le dije:

—Oye, tengo que decirte algo, creo que me gustas porque he estado soñando contigo.

Y ella me respondió:

—Ay, pues qué buena noticia porque tú a mí me gustas mucho, ¿quieres ser mi novia?

Yo no tenía idea de lo que estaba haciendo, pero dije que sí y solo pensé, qué fácil esto de ser lesbiana. Nunca tuve novio y ahora ya tengo novia. Yo estaba feliz porque, aunque no sabía que se podía ser lesbiana, si algo sabía es que no quería ser heterosexual.

Ese día, Mariana me dio mi primer beso, apenas rozó mis labios y con eso fue suficiente para saber que no era asexual como yo pensaba.

Todo iba muy bien, nos escapábamos de clases para darnos besos en el baño y nos reíamos porque era nuestro secreto, hasta que un día Mariana se enfermó y no fue a la escuela. Yo, en romántica, le fui a llevar unas flores a su casa, pero el guardia que cuidaba la entrada al vecindario no me dejó pasar, así es que se me hizo fácil dejarlas con él y pedirle que por favor se las entregara a Mariana. Supongo que fue el mismo guardia quien habló con los papás de Mariana y así fue como le prohibieron mi “amistad”, porque yo era mala influencia.

Y yo que ni sabía que se podía ser lesbiana, ahí estaba, acusada de llevar a Mariana por el mal camino.

Afortunadamente, Mariana y yo habíamos durado una semana y no fue suficiente para romperme el corazón, así es que seguí con mi vida.

Ya fuera del clóset, no salía de los antros gays, lo cual le empezó a parecer extraño a mi papá, hasta que

un día, enojado por mis múltiples escapadas al antro, me dijo:

—Pues qué tanto haces ahí si ni es tu tipo de ambiente?

Y no pude más y le dije:

—Y tú, ¿cómo sabes que no?

En ese momento mi papá cambió por completo “no me salgas con que eres lesbiana”, se levantó y me retó a los golpes mientras me decía:

—¡Levántate, si tan hombre te crees vamos a agarrarnos a madrazos!

Y yo solo le respondía:

—Yo no quiero ser hombre, solo me gustan las mujeres.

Pero él insistía:

—¡Te voy a cortar el pelo y a vestir como hombre!

Me dijo que iba a ser una vergüenza para todos, para mis hermanos y sus familias, que me iba a quedar sola, que nadie me iba a querer así. Pero desde que yo me descubrí lesbiana, para mí había sido un alivio, por lo que sus amenazas e insultos me parecían mucho menores en comparación con la vida hetero de

la que me estaba librando.

Me llevó a la iglesia a que oraran por mí, me llevó a psicólogos de los cuales él salía muy enojado porque le decían que el problema era de él, no mío. Me sacó de la escuela y me retiró su apoyo económico, me encerró en su casa, me prohibió recibir llamadas y visitas, y salir a la calle sola, siempre debía ir con mi mamá.

Pasaron los días y por fin pude comunicarme con Rolando, le pedí que mandara a Mario a mi casa, el amigo más masculino que teníamos y que se hiciera pasar por mi novio. Así fue como empecé a salir otra vez, mi papá pensaba que ya se me había quitado, y yo dejé de dar explicaciones.

Con el tiempo, invité a algunas de mis novias a la casa, y mi papá se dirigía a ellas como mis amiguitas. Decidí que no era una batalla que me interesara ganar, sabía que de todas formas yo ya había descubierto mi lesbiandad y que jamás la iba a dejar.

Beth Cravioto | @bea_wolf17



Cuando me sacaron del clóset

Ivi Alejandra Hiller Vargas

Año 2013. Una chica que ya no era solamente mi “mejor amiga”. Muchos cuestionamientos, muchas sensaciones nuevas y una pregunta que, con el tiempo, se convertiría en una especie de revelación:

—¿Tú eres bien como yo y yo bien como tú?

Yo estaba a punto de cumplir veinte años y atravesaba una crisis existencial. Había tenido varios noviecitos, pero seguía siendo virgen. Y había algo que se repetía en cada relación: sentía que no podía ser completamente yo. Una parte de mí tenía que esconderse, moderarse o cohibirse por miedo a incomodarlos y que dejaran de querer estar conmigo.

Me gustaba destacar, que la gente volteara a verme, ser líder y hacer lo que se me antojara, aunque eso no siempre hiciera match con lo que se suponía

que una señorita debía demostrar, o con la idea de femineidad que tenían mi mamá y mi abuela. Al parecer, esa parte de mí intimidaba a algunos hombres.

Cuando entré a la universidad, no había estado muy expuesta a la diversidad. En mi familia eran comunes los chistes, las bromas y las burlas sobre las personas homosexuales. Y, para entonces, yo ni siquiera sabía que las mujeres podían enamorarse de otras mujeres. Creía que quería muchísimo a mis mejores amigas o que admiraba enormemente a mis profesoras. Lo que todavía no sabía era que muchas de ellas, en realidad, me gustaban.

Entonces apareció ella.

Un día quedé de encontrarme con la líder de grupos estudiantiles de la universidad para que me explicara cómo crear mi propio grupo. Solo habíamos hablado por mensajes y ya me había cambiado la cita varias veces. Yo estaba un poco molesta, así que le dije a un amigo que me acompañara.

Recuerdo que estábamos sentados en una mesa de la universidad cuando, por fin, ella confirmó la cita y

me dijo dónde encontrarla. Entonces le dije a mi amigo:

—Ven, vamos a encontrarnos con esta pendeja que por fin me dio una cita en su ocupada agenda.

Llegamos al lugar. La vi y mi corazón empezó a latir a toda velocidad.

Ella me saludó:

—Hola, yo soy la pendeja que por fin te dio una cita en su ocupada agenda. ¡Mucho gusto!

Yo no sabía dónde meterme. Ella estaba sentada en la mesa de al lado cuando le dije a mi amigo que fuéramos a encontrarla. Por supuesto, lo había escuchado todo.

Le pedí disculpas mil veces. Pero aquel momento, que en ese instante me pareció de una vergüenza monumental, terminó siendo el mejor rompehielos.

Después de ese día, yo ya no me separaría de ella. Ella, en cambio, me tendría cerca, pero no demasiado. Nos besaríamos, pero no seríamos novias. Me calentaría el boiler, pero no se metería a bañar, porque no quería cargar con la gran responsabilidad de ser “mi

primera vez con una mujer”.

Aun así, ella sería mi primer gran amor. La persona que me haría descubrir que yo era bien como ella, y ella bien como yo.

Y, al parecer, todo el mundo lo sabría antes que yo. A mí no me llegó el memo que decía que era lesbiana. Pero sí les llegó a todos mis amigos y conocidos.

Era marzo de 2013, en el puerto de Veracruz. Yo había regresado a visitar a mi familia y a acompañar a mis hermanos a un evento en el que yo misma había participado durante la prepa, La Noche Colonial.

La dinámica era sencilla: cada grupo montaba un bailable, lo ensayaba durante menos de un mes, invertía una cantidad absurda de dinero en el vestuario y, después de sólo unos cuantos minutos de baile, esperaba ganar el primer lugar.

Aquella noche yo estaba entre el público, esperando a que saliera mi hermanito. Hacía muchísimo calor. Éramos más de 200 personas hacinadas en una carpa. Mi mamá, buscando tema de conversación, y empezó a preguntarme por mi vida universitaria.

Yo vivía en Puebla, estudiaba en una universidad prestigiosa, tenía 20 años y sentía que me comía el mundo. Empecé a contarle lo bien que me iba y, en repetidas ocasiones, mencioné a una nueva “amiga” con la que comenzaba a hacer muchísimas cosas. Mi mamá la había conocido en enero y la recordaba perfectamente.

Yo estaba emocionadísima contándole mis aventuras cuando, de pronto, me interrumpió con un tono muy serio:

—Ay, Ivi Alejandra, ten cuidado con esas juntas. Se ve que tu amiga es lesbiana y no vaya a ser que te vayas a confundir... Bueno, isi no es que ya estás confundida!

No supe qué decir. Me puse de todos los colores. Sentí que me subía y me bajaba la presión.

Por suerte, justo en ese momento salió mi hermano a bailar y el tema quedó suspendido.

Aunque no por mucho tiempo.

Terminados los tres minutos delailable, mi mamá me pidió que la acompañara a buscar a mi

abuela. Íbamos solas en el coche. Yo me armé de valor y, con el corazón acelerado, le dije:

—Pues sí, mamá. Esta chica sí es lesbiana y yo estoy saliendo con ella. Me gusta mucho. Y no sé si soy lesbiana, bisexual o qué... Pero ahorita estoy saliendo con ella.

El trayecto a mi casa duraba aproximadamente diez minutos. A mí me pareció una eternidad.

Mi mamá no dijo nada.

Cuando llegamos, antes de que bajara mi abuela, le pregunté:

—¿No vas a decirme nada?

Ella respondió:

—¿Qué quieres que te diga, Ivi Alejandra? Solo no vayas a contarle a tu abuela, no vaya a ser que la mates de un infarto.

Y eso fue todo en ese momento.

No hubo una gran conversación. No hubo preguntas. No hubo un abrazo ni una declaración de aceptación. Tampoco hubo una discusión.

Ese mismo día recogí mis cosas y me regresé a

Puebla, muy triste, con la sensación de que había decepcionado a mi mamá.

Yo había pasado años intentando entender qué me hacía diferente. Y, cuando por fin me atreví a decirlo en voz alta, descubrí que quizá lo más difícil no era reconocer quién me gustaba. Era imaginar que, por ser quien era, podía dejar de ser la hija que mi mamá esperaba.

Años después, puedo reconocer que mi mamá lo entendió y se convirtió en mi mejor y más grande aliada, defendiéndome a capa y espada y sintiéndose sumamente orgullosa de mí. Se ha tomado el tiempo para investigar, estudiar y conocer más, y siempre que no entiende algo, me lo pregunta. Hoy en día, sus mejores amigos son parte de la comunidad LGBTQIA+ y ella ha conocido, querido y acogido a todas mis parejas, me ha abrazado cada vez que me han roto el corazón y siempre ha estado para mí. Hace algunos días, gracias a que escribía esta historia, le pregunté cuál fue su versión de “mi salida del clóset” y fue interesante descubrir cómo cada una tiene una ver-

sión diferente de lo que ocurrió ese día. Lo cierto es que, independientemente de qué o cómo ocurrió, ese fue solo el inicio de mi autodescubrimiento y de sentirme más cómoda conmigo misma y con el mundo que me rodea. Todas las personas tenemos historias diferentes, pero puedo asegurarte que siempre habrá alguien allá afuera que te apoye y te sostenga cuando todo parezca perdido.

Mamá, soy lesbiana



Liminal

Verónica Aboytes Zavala

“¿Cómo puede doler tanto algo que no se tiene?”
Me preguntaba mientras intentaba concentrarme en mis responsabilidades del día a día.

Nunca me había afectado demasiado la opinión de los demás. Estaba muy ocupada en el análisis profundo de los conflictos internos, la construcción de sueños y la infraestructura emocional de “Verolandia”, y esa introspección ocupaba casi la totalidad de mi tiempo, así que no había mucho espacio para mirar hacia afuera y poner atención a los susurros viles o malintencionados de desconocidos o a la valoración ignorante de algunos conocidos.

Pero esta vez era diferente.

Siendo solo una niña, sentía que el mundo me era completamente ajeno. Encajaba en muchos lugares,

pero, en realidad, no pertenecía a ninguno. Años después sabría que la sensación de ser diferente no me hacía única. Es una de esas vibraciones que compartimos muchas, unas más calladamente que otras.

Yo era parte del grupo del silencio. Quizá porque no había muchos espacios y menos interlocutores. Mi mamá tenía que trabajar todo el día y mis juegos infantiles los compartía con niños y casi con ninguna niña. La fuerza de la costumbre se vuelve hábito y los soliloquios eran ya normales para mí. Así que, si había algo “extraño”, nadie me lo iba a decir. Esta forma de crianza, aunada a lo que ya traemos en el alma, acentuó mi modo reservado y encontré mi zona de confort en la soledad. Quizá eso que ahora llaman “otrovertida”.

No obstante, la adolescencia le puede arrancar la sotana a una madre superiora (sí, educación LaSallista, jeje) y desaparecer la inocencia como cartera en las Ramblas de Barcelona. Así que esa chiquita callada, bien portada y becada, comenzó a tener curiosidades, picazón por cosas que no eran “ortodoxas”, interés

por sabores nuevos, que parecían peligrosos, pero sabrosos.

Para mi mamá, aunque era evidente que odiaba la religión, este caso de rebeldía repentina sólo podía deberse a que la adolescencia me había poseído como una bestia del infierno, que dejaría de someterme más o menos como a los veintiuno. Ignoro las matemáticas del cálculo, pero la certeza para declararlo parecía provenir del extracto de una conversación entre Pitágoras y Aristóteles durante un talk show moderado por un ángel caído. Sorprendentemente, el diagnóstico fracasó.

Había pasado la edad señalada y, lejos de encontrar alivio en los veintidós, la bestia en mí se acomodó bastante bien en “Verolandia”. Disfrutaba de los jardines, los arcoíris después de la lluvia y los atardeceres con estrellas. Solo que, para habitarme, tuvo que levantar un muro, hecho de un material aún sin descubrir, que sabe a caramelo de la infancia para los huéspedes, pero envenena a los intrusos hasta la muerte. Esa pequeña y juguetona bestia había

edificado su paraíso sobre mi corazón hasta que comenzó a adormecerlo y yo lo dejé. Se lo permití porque era más fácil, era más sencillo lidiar con el mundo y sentir menos, ya se había convertido en algo normal.

Por fin me había armado de valor para decirle a mi mamá quién era en realidad. Había tensión en el ambiente, la incomodidad era asfixiante, era como si algo hubiera extraído el oxígeno de la habitación sin más. Me sudaba el alma, me temblaba el cerebro y me galopaba la sangre en las venas. Cuando por fin se abrieron mis labios, ella me interrumpió. Intuitiva como es, adivinó a dónde iba y me detuvo en seco. Me latía el corazón en los oídos, pero con un sonido opaco alcancé a escuchar:

—Si tuviera una hija gay, preferiría que nunca me lo dijera.

Fue como meterle el pie a un corredor en una carrera de cien metros. El silencio se hizo denso y el momento, eterno. Aún con la confusión, podía entender que una mujer que creció sin padres y sufrió

tanto no quería, simplemente no podía, lidiar con algo así. Sabía que me amaba, pero también comprendí que algunos no tienen las herramientas para saber qué hacer con el amor.

Justo ahí me lo pregunté por primera vez: si ya la bestia había construido sobre mi corazón, hasta casi desaparecerlo, *¿cómo puede doler tanto algo que no se tiene?*



¿Y si soy un hombre trans?

Lucio Virgilio

Me parece muy loco hablar de la famosa salida del clóset, porque, para mí, salir del clóset ha sido un proceso de muchos años. Creo que las identidades trans vivimos el proceso un poco distinto. Algunas veces llega primero el descubrimiento de una orientación sexual que sale de la norma y en otros llega primero el descubrimiento de una identidad de género distinta. En mi caso, primero me descubrí como lesbiana. Recuerdo a mis 12 años, la primera vez que me enamoré de una compañera de clase y el miedo que sentí por lo que estaba sucediendo dentro de mí. En aquel entonces llevaba una vida cristiana y era muy activo en la iglesia, así que para mí salir del clóset era imposible. Siempre luché contra la idea de “ser lesbiana” y le pedía a Dios que me lo quitara. Con el paso del

tiempo y de varias relaciones, logré aceptarme y empecé a vivir mi vida como quería. Para mí, llegó a ser muy importante apropiarme de la palabra “lesbiana” y me sentía muy orgullosx de nombrarme así. Era muy común pensar que una lesbiana debía ser masculina, y esa fue la razón principal para que yo decidiera ser todo lo contrario. Me aferré a la idea de ser una lesbiana femenina y me perdí completamente en eso. Sin embargo, desde muy chiquito supe que había algo distinto en mí, algo a lo que no podía darle un nombre. Llegó un punto, a mis 30 años, que aquel cuestionamiento de toda la vida empezó a tomar forma. Aquello que no conocía y no podía nombrar, de pronto empezó a tener más claridad.

Lo recuerdo perfecto, diciembre de 2023, en un pequeño café en Medellín, Colombia. “¿Y si soy un hombre trans?”. No lo creo, me dije a mí mismo. Pero tampoco pude quedarme con esa duda solo para mí y decidí escribirle a mi cuñada. Le hice exactamente esa misma pregunta y empezó a cuestionarme, tratando de ayudar a tener respuestas. Pasamos varios días

buscando información. Ella me contaba algunas experiencias de conocidos, y yo escuchaba atento tratando de encontrar alguna similitud en alguna de las historias.

Hasta que, por fin, después de leer artículos y todo lo que encontraba en la web, llegué a las identidades no binarias. En ese momento, el género fluido es lo que me hizo sentir más identificado. Me rehusaba a nombrarme como hombre trans y me hizo sentir cómodo quedarme en la neutralidad del no binarismo.

Conforme fue pasando el tiempo, abracé mucho la idea de que tener una identidad fuera de la norma era algo posible y válido, pero algo dentro de mí no terminaba de cuadrar. Seguí sintiendo que no cabía del todo en esa identidad. Me gustaba la idea de tener otras posibilidades, seguía informándome y viendo cómo desfilaban hombres trans frente a mí, que me hacían querer llegar ahí, pero el miedo me mantuvo sin dar ese paso por varios meses. Un día sin más, empecé a considerar la idea de nombrarme exclusivamente en masculino y como hombre trans, recuer-

do que hice pruebas con gente cercana, y de repente llegaba... llegaba esa euforia que nunca había sentido en toda mi vida. La euforia de nombrarme un hombre trans con absolutamente todas sus letras. Fue ahí cuando entendí todo, ese era el lugar al que tenía que llegar, pero aquí es donde empieza otro proceso.

El proceso de salir del clóset como un hombre trans empieza con aceptar que tienes que replantearte la vida misma, todo lo aprendido y todo lo recorrido en una identidad que nunca te correspondió. El proceso de volverte a reconocer y de permitir que las demás personas te reconozcan. Al principio tuve mucho miedo de hablarlo con mi familia, sobre todo con mi mamá, porque, a pesar de que me aceptaba como lesbiana, hablar de una identidad de género es otra cosa. Y dicho y hecho, para ella fue muy difícil aceptarlo. Recuerdo que se puso a llorar cuando me escuchó decirle que me quería hacer la mastectomía y que me reconocía como un hombre trans, pero después de todo, lo aceptó. Ella siempre dice que su amor es más grande que cualquier otra cosa. No había manera de

que no lo aceptara, en algún momento iba a pasar.

Hoy mi mamá es uno de mis principales pilares en este camino, junto con mis hermanas, que también han decidido abrazar esta nueva versión de mí.

Mamá, soy lesbiana



Sofía

Sofi Ruiz

Al llegar la adolescencia fue cuando llegaron algunos cuestionamientos de varias cosas en mi cuerpo y en mi mente. Empecé a cuestionarme por qué mi cuerpo crecía así. Desde pequeña, jamás fui de juegos rudos, ni de cosas de hombres; siempre lo femenino estuvo muy marcado en mí, no por expresión sino por identidad. ¡Siempre me gustaron las mujeres!, eso estaba claro, jamás hubo duda, pero mi expresión no estaba cómoda del todo y no sabía por qué.

Fui educada en un entorno familiar en los años noventa, por lo tanto, no había tanta información de hacia dónde dirigirte o resolver las tantas preguntas que surgían en mi vida. Era una época y un entorno donde la educación era muy poca, y mucho menos sobre la diversidad LGBT+.

Tuve novias, pero mi mente no se sentía cómoda con mi presencia física. Fueron pasando los años de adolescencia y unos cuantos noviazgos más. Al cumplir más y más años, me informaba, estudiaba de la comunidad, de nuestras siglas, de los centros donde se platicaba de estas cosas, pero siempre iba de manera clandestina con la bandera de: “solo soy una persona aliada”.

Cuando me acerqué a los 25 años, dije: “voy a experimentar viendo porno LGBT+ en distintos géneros”. Entonces vi una clasificación “Mujeres trans” que me voló la mente y me hizo gritar: “¡sí, ya me encontré, así quiero ser, y sobre todo así me siento!”.

Aunque ya tenía la respuesta, no sabía cómo llegar a ser así... Aún faltaban muchas preguntas por responder.

Al año de la pandemia, tuve que mudarme de ciudad a Querétaro. Allí empezaría un nuevo trabajo. Al llegar, tuve un clic inmediato con la persona responsable, cuyo nombre era Karla Vera.

Mi labor en general era ver el análisis financiero y el impacto económico de un hospital.

En ese momento, desde las conversaciones internas y con otras personas, mi ruido empezó a sonar más fuerte: se trataba de mi expresión de género. Con el paso del tiempo, *mi yo Sofía* empezó a ser más evidente. Y al pasar los días, tuve que afrontar lo que cada vez era menos secreto.

Con Karla tuve la confianza y sobre todo un acompañamiento amoroso para hacerlo. Así que ella me ayudó a encontrar la última señal que necesitaba para reafirmármelo a mí, a ella como mi pareja cercana y al mundo entero.

Nuestra relación terminó, pero después de ese rompimiento como pareja, tuve la fortaleza para ponerme una fecha y hacer oficial y legal mi identidad de género.

Un año después decidí hacerlo público, eligiendo una fecha. Justamente fue el día 28 de junio de 2020 (así es, justo ese día) fue la fecha que puse, y la respeté.

Al pasar los meses, esa fecha estaba en mi mente casi todos los días, sabía que no había marcha atrás. La primera persona a quien le dije fue mi jefa en ese trabajo:

—Para esta fecha me voy de este trabajo porque no quiero transicionar aquí, quiero empezar mi vida desde cero en todos los aspectos.

Durante los primeros seis meses acudí a terapia, fui con especialistas y conocí todo sobre las hormonas y el impacto que eso generaría en mi cuerpo. Mi siguiente paso fue tener un CV acorde a mi nueva vida. Seguí con comprarme ropa que me hiciera sentir más cómoda y, sobre todo, que fuera más acorde a mi expresión de género. ¡Todo esto me hacía muy feliz!

Me sentía impaciente, y supuestamente ya lista, un día me desperté y dije: “Ya es hora”. Al llegar al trabajo le dije a mi jefa:

—¿Cuánto tiempo necesitan para que otra persona llegue y le entregue mi trabajo?

A las pocas semanas mi jefa me dijo:

—Ya tengo tu reemplazo y llega mañana. Tienes una semana para hacer la entrega.

Llegó mi último día, y en la oficina le dije a mi jefa:

—Para mí, esto es más que una despedida de un trabajo, es una despedida de la persona que me acompañó por treinta años.

Todo ese día fue muy melancólico: despedidas laborales. Al salir de ese trabajo me dirigí a comer a solas donde, en mi mente, sería la última cena con mi *dead name*.

Al llegar a casa, por la noche, hice un ritual personal que no planeé. Me paré en el centro de mi sala, di gracias a la persona que me acompañó por estos años y también le agradecí por ser tan valiente y por dar este paso.

Al día siguiente ya todo estaba listo, desde ese momento sería Sofía y nadie más. Así que, desde arreglarme hasta salir al contexto social, desempleada, ya implicaría un reto. El futuro había llegado, ahora sen-

tía nervios del presente. La manera de presentarme, tímida, estresada al no tener trabajo, cuentas por pagar y nuevos sueños por ser la mujer que ahora no soñaba sino la mujer que ahora era.

El futuro me llegó, y tenía que ponerme las pilas. Después del inicio de todo esto, sabía que mi salida del clóset a nivel social, personal y hasta en lo laboral ya estaba lista. Pero aún faltaba decirle a mi familia. Y empecé a sentir miedo por todo lo que me pudieran decir.

Después de 3 meses y ya con un nuevo trabajo, un día fui a una cafetería cerca de la casa de mis abuelos. Estaba leyendo un libro cuando, desde adentro, vi a mi mamá con una tía saliendo del supermercado que estaba al lado. Ellas no me vieron porque en todo momento les di la espalda y ellas estaban cruzando para el estacionamiento.

Ahí fue cuando me dije:

—Este es el momento, la señal que estaba esperando.

Dejé el libro que estaba leyendo y me puse a escribir cuál sería el mensaje para la familia.

Una vez terminado el mensaje quedó algo más o menos así:

“Tal vez no se imaginan esta decisión, tal vez otros sí. Les mando este mensaje para que lo sepan, estén de acuerdo o no. Esta soy yo, la nueva yo, desde hace 6 meses.

No se los había dicho antes porque aún no estaba preparada para las muchas preguntas que cada persona podría hacerme.

Ahora ya tengo todas las respuestas, y si las desean, los espero este sábado en mi casa, una comida, quien quiera seguir en mi vida, familia.

(Adjunto, la foto de esta mi nueva yo...)”

Llegó ese fin de semana, estaba nerviosa, y pensando: “este será el momento más importante de mi vida”.

Llegaron todos excepto mi abuelo, y empezó la comida sintiendo las miradas de todos.

Al terminar la comida empezaron las preguntas de todo tipo, y me tocó, no solo contestar preguntas personales, sino también preguntas de la comunidad, ya que soy la única persona LGBT+ en la familia.

La comida terminó entre abrazos, cariño y comprensión. Sentí al final mucho alivio y me quedé con la grata sensación y una pregunta en mi mente:

¿Por qué no lo hice años atrás si fue tan fácil?



Surprise

Kali

“¿Cómo salí del clóset?” Una pregunta muy interesante que resonó inmediatamente que me propusieron poder compartir esta respuesta. Cuando lo pienso, creo que hasta cierto punto “me sacaron del clóset”, y aquí voy:

Tenía quince años, estudiaba la prepa, en la que conocí a mi primera novia y la que fue mi primer acercamiento lésbico que me despertó mi orientación sexual y el placer hermoso por las mujeres. Cabe mencionar que ella era buga y estaba en una relación “hetero” ya fragmentada para ese momento. Ella era mayor que yo por seis años; para ese entonces tenía veintiún años. Yo me encontraba descubriendo mi sexualidad y muchas más cosas en la vida. Comenzamos a hacernos muy “amigas”, a platicar por horas por el

teléfono —alámbrico, por cierto; de esos que tenías que estirar el cable para lograr que llegara hasta donde estuvieras sentada— y a hacer equipo para las tareas del cole. Fue así que comenzó a ir a mi casa y la conexión de amistad se tornó a un deseo sexual y experimental que terminó en diez años de relación.

Comúnmente, pasaba la mañana sola en casa, desde las 7 am hasta alrededor del mediodía —el turno de mi cole era por la tarde—, tiempo que dedicaba a mis actividades hasta que las visitas de “mi amiga” se volvieron más constantes, al grado de que llegaba a veces desde las 8 am para desayunar juntas, pasar tiempo y, por supuesto, “hacer la tarea”. Mi hermano mayor solía llegar a casa alrededor de las 2 de la tarde, lo cual me permitía estar con mi novia y salir de casa antes de que él llegara. Aunque, eventualmente, mi hermano mayor la conocería —ya que en muchas ocasiones coincidimos en casa justo antes de salir hacia el cole— llevábamos una relación amistosa frente a él y, en general, hacia el exterior.

Una tarde de muchas, que decidimos no ir a la escuela por quedarnos en mi casa y pasar tiempo juntas —como si no fuera suficiente de 8 am a casi 8 pm diariamente—, nos olvidamos del tiempo, espacio y nos volcamos al cachondeo que nos llevó a horas interminables de “sex”... Ese día, mi hermano llegó a casa en un momento bastante penoso e incómodo, porque nos sorprendió en plena acción sexual. Mi novia fue la que se dio cuenta de que alguien estaba en la puerta y me avisó aventando mi cuerpo para separarse de mí y levantarse abruptamente. Yo, cuando volteé, ya no vi a nadie, pero lo confirmé porque minutos más tarde entró a casa mi hermano con su novia de ese entonces con una cara desencajada. Yo, con la cola entre las patas, no sabía qué decir.

Todos fingimos que no había pasado nada... Continuamos haciendo nuestra rutina y yo desconocía lo que tenía que hacer o decir.

Días después, estando solos mi hermano y yo, me dijo:

—Hay algo que me tienes que platicar... No te hagas la tonta.

Mi hermano siempre ha sido un ser de mi total confianza, y comencé a conversar con él sobre mi relación, mis gustos y cómo me sentía. De alguna forma, él fue quien me dio apoyo y me ayudó a poder abrirme con mis papás, aunque siento que él ya había hablado con ellos para cuando yo salí del clóset con mi familia en general.

Así es como salí del clóset, de una forma penosa por la manera en la que fui sorprendida en pleno sex después de varios meses de relación, pero con mucho apoyo, soporte y entendimiento por parte de mi familia.

Después de esto, mi relación con mi primera novia duró diez años, como les había contado, concluyendo con un corazón roto —el mío— por una infidelidad con un hombre. Al final, después de mucho tiempo platicando con ella, me dijo que realmente solo había tenido una relación lésbica conmigo.



Amor Eterno

Ximena Bustamante

Es difícil recordar un momento cuando la persona con la que lo compartí ya no está en esta vida. Pero creo importante hablar de ello para mantener su memoria viva y, sobre todo, el mensaje que me dio en vida.

Reconocí en sus ojos la desilusión, la tristeza y el miedo. No tuvo necesidad de decir nada más: con su “Salte del cuarto, no quiero verte” tuve suficiente. Me fui a dormir.

Mi mamá había sido diagnosticada con cáncer hacía unos años; su vida cambió entre radiaciones y quimioterapias.

—Usted tiene dos opciones, señora Lupita —le dijo la doctora— operarse y vivir cinco años más o no operarse y tener un lapso de vida de seis meses.

Mi mamá eligió cinco años más, cinco años más para estar conmigo.

Con el paso de los años empezó a sufrir de dolores; le daban calambres en las manos y en las piernas. A veces, de tantos, le dolían mucho las piernas y, cuando llegaba del trabajo, pasaba con ella a platicar, como cada noche, sobre su día y amainar su dolor masajeando sus piernas.

—Hola, Pape —le dije al llegar.

—¡Hola!

—Vi que se quería poner una crema en sus piernas. ¿Quieres que te las sobe?

Me dijo que sí. Tomé la crema y me senté a los pies de su cama. Empezamos a platicar sobre mi día, los problemas del trabajo y lo que comí; ella me platicó sobre su día en el doctor, que platicó con otras pacientes, que vio una nueva serie en la televisión y que tenía ganas de leer un nuevo libro. Sonó mi teléfono, contesté. Del otro lado de la línea, una voz:

—¡Hola! ¿Ya llegaste a casa?

—Sí.

—¿Puedes hablar?

—No.

—Bueno, hablamos en un ratito... Te amo.

—Sí, te marco.

Mi mamá tenía muchas habilidades y una de ellas era tener un oído muy agudo y, aunque le bajé el volumen al teléfono, ella escuchó algo.

—¿Quién era?

—Una amiga.

—Mmmmh.

Hubo un silencio, yo seguía masajeando sus piernas.

—¿Y una amiga te dice “te amo”?

La miré, no pude pronunciar palabra alguna. Me miró.

—Ya me quiero dormir, apaga la luz al salir del cuarto.

No dije nada y me fui.

Esa noche lloré hasta dormirme, lloré porque había visto la desilusión y la tristeza por haber roto sus expectativas, pero sobre todo por lo que me esperaba.

Aún era un mundo donde las lesbianas se iban a ir al infierno y su destino social era terrible: discriminación, odio y un futuro incierto.

Al día siguiente, sabía que todo había cambiado, pero también sabía que no había hecho y dicho nada malo. ¿Tan malo es amar? ¿Tan malo es el amor? Que sea lo que tenga que ser, ya Dios dirá.

Cerré la puerta de mi cuarto y ella salió del suyo. Vi de nuevo su rostro: estaba llorando.

—Lube, no me importa a quién decidas amar. No me importa con quién quieras hacer una vida. Lo que más me importa es que seas feliz y que eres el amor de mi vida.

Lloré. Lloré de felicidad. Me abrazó y fue así como la única persona más importante en mi vida supo que yo era gay. Nadie más me lo ha preguntado en mi casa, supongo que lo suponen; quien me importaba lo supo y, a mis veintidós años, me dio un mundo por delante para vivir sin miedo.

Mamá, soy lesbiana



¡Yo siempre voy a estar orgullosa de ti!

Coca

Mi abuelita era esposa de carabinero, por lo que mi abuelo nunca estaba en casa. A mí me criaron mi mamá, mis tías y mi abuelita; mis papás se separaron cuando yo tenía un año. Mi abuelita no es originalmente de Santiago de Chile, ella es de un pueblo que ya no existe. Se fueron para Santiago porque trasladaron a mi abuelo al palacio de gobierno. Mi mamá era una niña, mis tías aún no hablaban. Dejó todo lo conocido para adentrarse en una ciudad que no le pertenecía, pero como es una persona muy sociable, rápidamente se hizo rodear de otras mujeres en una situación parecida a la de ella, y con ellas hacía manualidades, cocinaban, ayudaban en los colegios de los niños, tomaban el té y jugaban a las cartas.

Durante mi infancia y adolescencia tuve dos amigas significativas, una de ellas es prácticamente mi hermana y sus padres son como mis padres. A pesar de que sus padres sí estaban juntos (la mayoría del tiempo), su papá nunca estaba en la casa. Y mi otra amiga es hija de madre autónoma, igual que yo.

En mi colegio, las monjas hacían todo, desde manejar la limpieza hasta manejar las finanzas. La docencia, la gimnasia, el arte, el paisajismo del colegio, la biblioteca, todo lo hacían las monjas. Una monja me enseñó el método científico, otra monja me enseñó literatura, otra monja más me enseñó matemáticas. En mi cabeza infantil yo solo veía mujeres que gestionaban todo, “Ellas lo saben todo, son mujeres cultas, viajan, tienen libros, viven juntas, juegan con nosotras. Yo quiero ser monja”, pensaba.

Destaco la importancia de esto porque crecí rodeada de mujeres que resolvían todo. En casa tenía prácticamente un matriarcado, donde mi abuelita tomaba todas las decisiones, indicaba qué íbamos a hacer y tenía todo el cronograma resuelto de aquí al 2030.

Mis amigas eran criadas por sus madres. Mi colegio era manejado por monjas. Para mí, esto era la normalidad, nunca estuve acostumbrada a que hubiese un hombre en casa que resolviera, que mandara o que opinara.

Desde niña supe que era bisexual, no recuerdo bien cómo se gestó esta idea, pero es que yo no sabía que “tenía que escoger” quién me iba a gustar. Yo siempre pensaba que se podía vivir con quien quisieras, como las monjas, en comunidad. Más adelante comprendí lo que es la “familia tradicional bien constituida”, pero hasta antes de eso, mi modelo de familia eran madres con hijas, monjas en comunidad, abuelas y tías criando. Lo femenino me era absolutamente conocido, mientras que lo masculino ni siquiera ocupaba un espacio en mi vida.

Mis amistades siempre supieron que yo era bisexual, mis parejas siempre lo supieron, nunca fue tema para nadie, y eso que yo crecí en los noventa. Mi mamá es profesora y no estaba nunca en casa, porque tenía que trabajar de sol a sol para poder mantener-

nos a flote. Siempre estaba en miles de cosas. Hasta el día de hoy tiene una vida muy ajetreada. Es una herida que carga con mucha culpa, aunque para mí no fue doloroso. Creo que a ella le hubiera gustado maternar en otras condiciones.

Fue en este contexto que le dije a mi mamá durante la adolescencia que en realidad me gustaban los chicos y las chicas, con mucha naturalidad. Yo pienso que para mi mamá “era una etapa” y nunca le tomó el peso. Mi adolescencia fue bien “heterosexual” en el sentido de que mis parejas siempre fueron hombres, y yo exploraba este mundo, que para mí era desconocido en este punto.

Salí del colegio, entré a estudiar, tuve algunas relaciones largas y serias. Me fui a vivir con mi pareja de ese momento (ahora expareja), porque tenía que escribir mi tesis para titularme, y en casa de mi mamá no iba a lograrlo. Me titulé y comencé a trabajar mientras mi expareja aún estudiaba.

Vino la pandemia y, en un momento, yo hice lo que siempre vi que las mujeres hicieron: resolver.

Mantenía mi casa, a mi expareja, ayudaba a mi mamá, llevaba todo calculado. Comencé a crecer en mi trabajo, mi expareja eventualmente comenzó a trabajar. Hasta ahí todo muy heterosexual.

Dejé a mi expareja porque no teníamos ningún proyecto común, no nos proyectábamos, yo estaba viajando mucho por mi trabajo, éramos buenos amigos. Mi mamá cayó en depresión porque, según ella, mientras yo estaba con mi expareja yo estaba “a salvo” y ella podía morirse tranquila, sabiendo que yo estaba bien. Esto para nada me calzó. Esta imagen de mujer asistida me chocó, yo nunca pensé que mi mamá diría algo así. Mi mamá me estaba mostrando un lado de ella que yo no conocía.

Pasaron unos meses y comencé a salir con mi actual pareja, una persona no binaria. Yo estaba enteramente feliz y se lo dije a mi mamá. Este es el momento en que yo reconozco la “salida del clóset” oficial. Porque, aunque todo el mundo sabía, todas mis amistades, mis exparejas, la gente que me rodeaba, hasta en mi trabajo lo sabían, para mi mamá fue

una realidad materializada y tangible.

Al principio no dijo nada. Le costó mucho asimilarlo y al cabo de unos días dijo cosas muy hirientes, que me duelen hasta el día de hoy. 31 años tenía. Han pasado un poco más de dos años a la fecha. Una de las cosas que más me marcó fue:

—Ojalá no te quisiera tanto para poder alejarme sin que me duela.

También demonizó a la comunidad de la que siempre fui parte, alegando que eran personas llenas de excesos, vidas insanas, que estaba muy preocupada por mí, que eran personas que nunca lograban nada. Mis amigas más cercanas (lesbianas) estaban casadas para ese entonces y hasta casa propia tenían.

Fueron tiempos muy tristes, yo morí de tristeza. Reconozco que algo en mí murió, un duelo. Me mostró su lado más conservador, más rígido, su lado más cruel. Yo solo pensaba: “¿Cómo esta persona, que trabaja con adolescentes, puede pensar así? ¿Dónde está la mamá comprensiva, abierta, razonable, dialogante que yo siempre conocí? ¿Dónde está la que se suponía

que siempre me iba a querer y apoyar?” Desconocí a mi mamá y para siempre. Esa no era mi mamá.

En esto, también le conté a mi papá, una persona que me conoce muy poco, pero que me entiende mucho mejor que la persona que me crió. Me dijo que eventualmente a mi mamá se le iba a pasar, que para él también era un choque de realidad, que él no tenía idea de esto, que le hubiese gustado que fuera distinto; pero, por lo menos, no fue hiriente y cruel.

Finalmente, fui a casa de mi abuelita. Llorando le conté lo que estaba pasando, las cosas que me había dicho mi mamá. Y ella, que yo pensé que era la que peor iba a reaccionar, me dijo:

—Hija, yo siempre voy a estar para ti, iyo siempre voy a estar orgullosa de ti! Tu mamá te quiere, esto va a pasar.

Mi abuelita me dijo lo que tendrían que haberme dicho mis padres. Una de las cosas que me preguntó mi papá fue:

—Hija, ¿por qué ahora? ¿Por qué no pasó esto antes?

Y yo, francamente, no tenía una respuesta, pero lo que sí pensé fue:

“Menos mal que fue ahora, viviendo sola y estable económicamente, porque con la reacción de mi mamá, ella me hubiera echado de la casa... o peor, me hubiera encerrado para siempre”.

Seguido de esto, ya todo el mundo sabía, pero mi mamá seguía (y creo que sigue) en su eterna desgracia (porque en su cabeza esto es algo que yo le hice a ella). Dejó de invitarme, dejé de ver a la familia, dejó de llamarme, dejó de salir conmigo. Dejó de estar en mi cotidiano y reconozco que es trabajo que ella tiene que hacer.

Mis amistades, mi familia escogida, fueron quienes finalmente me sacaron de esta profunda tristeza que llevaba. Hoy tengo una relación muy extraña con ella, ella aún tiene fotos mías con mi expareja en su teléfono, todavía sueña con esa proyección de su vida en mí. Ella a todo el mundo le cuenta sobre mí, pero convenientemente omite lo que no le gusta: bisexual, feminista, de izquierda... Su amor y aceptación tienen

condiciones y yo, en este punto, trato de llevar la fiesta en paz, pero ni siquiera hago algún esfuerzo por caerle bien, porque sé que nada será suficiente en función de la idea que tiene sobre mí.

Me fui del país, puse distancia geográfica como excusa. *Yo no fui abandonada, solo escogí irme.*

Mamá soy lesbiana, Historias y confesiones sobre salir del clóset se terminó de
editar en la ciudad de San Miguel de Allende,
Guanajuato. Para interiores se usaron las familias tipográficas
Futura y Georgia.

Impresión bajo demanda.

Disponible para descarga digital en:
ellamexico.com y contamoshistorias.com

